

SOBRE EL PROFESOR DOCTOR
JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI

José Antonio Jáuregui: una vida entregada a la cultura europea

Pablo Jáuregui

Al sentarme a escribir estas palabras, en mayo de 2008, me doy cuenta de que ya han pasado casi tres años desde aquella noche funesta en la que José Antonio Jáuregui se acostó y no volvió a despertarse en un hotel de Rumanía. A pesar del tiempo transcurrido, su desaparición me sigue pareciendo tan imposible y absurda como el primer día, porque hasta su último aliento, era un hombre tan lleno de energía y entusiasmo, y su mente era tal torrente de imaginación e inspiración, que resulta extraordinariamente difícil aceptar la muerte de una persona con una vitalidad tan desbordante. Sobre todo, como es mi caso, si además de todo lo que representaba el profesor Jáuregui para tanta gente en todo el mundo, ese ser humano tan maravilloso era tu padre. Por eso, sentí y sigo sintiendo indignación al pensar en lo mucho que todavía le quedaba por hacer, y lo injusto que me sigue pareciendo que tuviera que irse así, tan pronto, tan de repente, en literalmente un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, a pesar de lo dura e inesperada que fue la cornada de su muerte, desde el principio a todos nos consoló el hecho de que al menos se había ido luchando por la que fue una de las grandes pasiones de su vida: la cultura europea. Pocas horas antes de morir, había presidido el jurado que concedió a la ciudad de Sibiu el título de Capital Cultural de Europa. Hasta el último momento, por lo tanto, expresó su vida descubriendo nuevos espacios culturales de su adorado paisaje europeo y anotando apuntes antropológicos para su inagotable trabajo de campo. Hasta el último momento, en definitiva, cumplió con su deber y murió con las botas puestas por Europa. Por eso, porque su muerte tenía para nosotros la dimensión heroica de un sol-

dado en el campo de batalla –aunque fuera un soldado cuya única arma era la pluma y cuya única lucha era la expansión de la paz, la cultura y los derechos humanos–, decidimos enterrarle con una bandera europea. Esa bandera envolviendo su féretro fue nuestra manera simbólica de proclamar que José Antonio Jáuregui fue un soldado de la cultura europea que murió defendiendo hasta el final el lema de Montesquieu que tanto le gustaba citar: “Jamás haré nada por mi país si perjudica a Europa; jamás haré nada que beneficie a Europa si perjudica a la Humanidad”.

Nadie puede saber con certeza lo que ocurre después de la muerte. Desde el punto de vista del racionalismo científico que es uno de los grandes patrimonios de la cultura europea, el concepto de un alma eterna no es más que una hipótesis inverificable (al menos para los que seguimos vivos). Pero lo que sí podemos comprobar aquí y ahora es que los muertos siguen vivos en la memoria de los que les recuerdan, como los autores de esta obra conmemorativa impulsada por el profesor Carlos Molina del Pozo, que de alguna manera derrotan a la muerte de José Antonio Jáuregui al honrar su memoria. Y sobre todo, podemos comprobar que un pensador como él sigue vivo, y es posible seguir dialogando con él, a través de sus libros, como *Europa: Tema y Variaciones*, la obra en la que plasmó su visión pionera de la unidad cultural europea.

En una carta que se leyó públicamente durante un homenaje a mi padre, celebrado en la Oficina de la Comisión Europea de Madrid en el segundo aniversario de su muerte, el eurodiputado Iñigo Méndez de Vigo escribió unas elocuentes palabras que me gustaría citar aquí: “Frente a tanto euroescéptico o eurófobo militante, los libros de Jáuregui son un soplo de aire puro, no contaminado por prejuicios políticos o intereses partidistas. Especialmente su libro *Europa: Tema y Variaciones* debería ser lectura obligatoria para todos aquellos que se interesan por los temas europeos; en sus páginas encontrarán respuestas claras y precisas para comprender los cómo y los porqués. Demuestra en él cómo la construcción europea no es algo artificioso, sino un proyecto político asentado sobre los cimientos de una civilización común. Constituye por ello un instrumento intelectual necesario para todos aquellos que se sientan europeos sin saber muy bien porqué”. No puedo estar más de acuerdo con este ilustre eurodiputado: *Europa: Tema y variaciones* es una valiosísima brújula antropológica para comprender las raíces culturales comunes de Europa. Es una obra que merecería ser traducida a todos los idiomas de la Unión Europea para enseñarse en la escuela a los futuros ciudadanos europeos. Es el resultado de muchísimos años de investigación y reflexión del intelectual europeo que probablemente más tiempo dedicó a responder a preguntas que son absolutamente fundamentales en el momento histórico en el que nos encontramos: ¿Qué es Europa? ¿Qué tenemos en común los europeos? ¿Existe una identidad cultural europea?

Hay una cita de Salvador de Madariaga que le gustaba mucho citar al profesor Jáuregui: “Europa tiene cuerpo y alma, pero le falta conciencia”. Todo lo que hizo mi padre como Catedrático Europeo Jean Monnet, inspirado sin duda por el propio Madariaga, fue intentar que los europeos adquiriesen una mayor conciencia de sí mis-

mos y de sus raíces culturales comunes. Luchó por esta causa no sólo a través de sus libros, artículos, clases y conferencias, sino también mediante la creación de la Academia Europea de Yuste, un foro de debate en el que 100 sabios se sentarían en 100 sillones con nombres de 100 ilustres figuras de la cultura europea, y que concedería el Premio Carlos V a grandes personalidades que contribuyeran a la integración de Europa. Hoy, este proyecto ya es una realidad consolidada gracias a la semilla que él plantó al concebir, fundar e impulsar esta iniciativa.

Si tenemos en cuenta todas estas aportaciones, creo que no exagero al decir que José Antonio Jáuregui es sin duda una de las personas que más ha contribuido a la integración cultural de Europa, y en este sentido considero que no se ha hecho suficiente por recordar y mantener viva su obra ni en su propio país, ni en el ámbito europeo. Ojalá este libro impulsado por el profesor Molina del Pozo, al que en nombre de toda mi familia agradezco de corazón su empeño en sacarlo adelante, contribuya a que su figura no caiga en el olvido y sirva para dar un nuevo impulso a la unidad europea.

Para concluir, me gustaría citar unas palabras del Prólogo de *Europa: Tema y Variaciones*, que resumen perfectamente la visión que motivó e inspiró toda la investigación de mi padre sobre la cultura europea. Este es el legado que nos ha dejado a todos los que queramos seguir su ejemplo y mantener vivos los ideales europeístas por los que él luchó hasta el final: “No deberíamos los europeos caer en ninguna estúpida arrogancia tribal al maravillarnos del ‘patrimonio cultural común’ que hemos heredado. Al fin y al cabo nacer en Europa es un accidente (y nacer otro accidente, por cierto). Pero es nuestro deber conocer, mantener y preservar nuestra cultura y hacer cuanto esté en nuestras manos para que siga dialogando Platón, componiendo Mozart, escribiendo Cervantes, pintando Miguel Ángel y fabricando los ‘stradivarius’ Antonio Stradivari, no para imponer nuestra cultura a nadie, ni para caer en una arrogancia etnocéntrica, siempre perjudicial, sino para ofrecer en un espíritu de servicio, de solidaridad y de agradecimiento nuestros productos culturales a toda la familia humana...”.

José Antonio Jáuregui, *Lupus maximus*

Ramón Tamames

El lunes 4 de junio de 2005 murió José Antonio Jáuregui en Sibiu, Transilvania, Rumanía. En un trance de auténtico *acto de servicio*, en su calidad de Catedrático Jean Monnet de la UE. Concretamente, cuando presidía, por encargo directo de la Comisión, el jurado de asignación de las *capitales europeas de la cultura*. Allí, inesperadamente, le sobrevino un infarto de miocardio que segó su vida, dejándonos huérfanos de una de esas amistades que muy poco frecuentemente se encuentran a lo largo de la vida. Ahora en este *Liber Amicorum*, que ya se hacía indispensable, me referiré a la figura del Profesor Jáuregui, haciendo una glosa a partir de lo que yo me atrevo a llamar las *siete columnas capitales* de su personalidad.

La primera: José Antonio era “navarro de nación”, de Eguilor, con una actividad siempre fecunda en su natal viejo reino, incorporado que fue a las Españas en 1512, siendo uno de los fundadores de su Universidad Pública. Adonde precisamente, en 1990, me invitó a dar una conferencia, ocasión en la que sentamos las bases de nuestra perdurable amistad. “Oye, Ramón ¿y por qué tú, que has trabajado tanto sobre la Unión Europea, no eres aún Catedrático Jean Monnet?”, me preguntó en ese encuentro. Y de tan sencilla interrogación surgió, con su valiosa ayuda, el hecho de que tras la siguiente convocatoria comunitaria se designara mi persona para formar parte del mejor senado académico europeísta.

A mi juicio, el segundo pilar capital del Profesor Jáuregui fue su labor como antropólogo, siempre para investigar el sentido de la vida de los pueblos en que todos y cada uno de los humanos nos integramos. Lo cual patentizó en su extraordinario programa de TVE “Las reglas del juego”, y en su libro de máximo interés “Las tribus”. Pero por encima de todas esas obras, lo que más me admiraba era su perspicacia al

llegar a cualquier sitio, husmear el ambiente, y decir en pocas palabras dónde estábamos y qué podíamos esperar del entorno y de sus especímenes pobladores.

Tercer pilar: *oxfordiano cabal*. Al estilo de los *bostonianos* de Henry James, como parte de una élite urbanita y docta, donde al tomar el té se discutían lo mismo la significación de los dibujos de William Blake, el porvenir de los aborígenes australianos, o si la Trinidad seguía teniendo o no significación en la teología actual. Y fue precisamente en ese lugar, en que radica la más ecuménica de las universidades inglesas –donde tuve ocasión de disertar en el 2002 para decirles a los británicos por qué tenían que ingresar en el euro–, donde dejó amigos entrañables. Y señaladamente Don Salvador de Madariaga, su maestro más prolífico por el número de sus obras, y uno de los más valiosos especímenes del largo exilio español, por la calidad de sus escritos; entre las cuales recuerdo aquí preferentemente su *Bolívar*, que Don Hugo Chávez y Don Evo Morales tendrían que leer, si es que no lo han hecho ya.

El cuarto pilar tuvo también un carácter espacial: *californiano durante siete años*. En la tierra evangelizada por Fray Junípero Serra, y donde José Antonio “recuperó –como habría dicho Pío Baroja– el hilo de la raza”. Porque fue allí donde él engarzó de nuevo, en términos de profundo sentimiento antropológico como siempre, con todo lo referente a lo hispánico. Como bien pude apreciar en una intervención conjunta que hicimos en 1997 en la Universidad Iberoamericana del DF, cuando él llegaba de España y yo estaba en plena vuelta al mundo; de itinerario tocando las Maldivas, Singapur, Guam, Hawai y California. Entre los iberomericanos allí presentes, el Profesor Jáuregui causó más que sensación por la viveza de sus argumentos, y Patricia Galeana –organizadora del encuentro y por entonces Directora del Archivo Nacional de México– podría dar extenso e intenso testimonio de lo que digo.

El quinto de los pilares –que no *quinta columna*– fue el que más gratificación produjo, según creo, a José Antonio: *européista de pro*. En la mejor senda de nuestro común preceptor Jean Monnet, al que honró siempre, desarrollando una gran labor a la cabeza de la *Fundación Europea de Yuste*. Que, como bien ha subrayado Ignacio Salafranca, todavía no se ha reconocido en lo mucho que vale. Y más que valdría si realmente se quisiera dar a conocer en Europa todo lo que significó el Imperio español ultramarino, que tuvo su máximo esplendor de crecimiento en aquellos tiempos de un César hispanizado al 100 por 100, y que murió de malaria en el célebre monasterio.

La sexta de las columnas capitales, hay que verla en el *sentido de la amistad* que tenía nuestro llorado colega, y sin embargo amigo. De modo que cuando uno se ganaba el corazón de José Antonio –y lo mismo puede decirse de Dorita y sus cuatro hijos–, ya podía asegurarse una fraternidad *sine die*. Y no simplemente estática, sino con el mayor de los dinamismos, por los proyectos que continuamente fluían de la mente de José Antonio, que no paraba, como habría dicho Cervantes de Don Quijote, de darle al caletre día y noche, pero sin que por ello, a diferencia del ingenioso hidalgo, se le secase la sesera, que siempre la tuvo más que bien organizada y exteriorizada.

La última de las siete columnas de la vida de José Antonio Jáuregui tiene un carácter más personal que las anteriores: *la entrañable relación que sostuvimos durante muchos años*, a lo largo de la cual en nuestra común admiración por San Francisco de Asís, yo me autodenominaba *lupus bonus*, y él me permitía que le calificara de *lupus maximus*, precisamente la expresión que hoy adopto para este escrito de amistad. Y en esa línea, de tiempo en tiempo, intercambiábamos epístolas en lengua latina, una gimnasia literaria de lo más saludable.

En ese contexto, nunca olvidaré la pregunta que un día le hice a José Antonio, y que me contestó magistralmente, y con cuya transcripción pongo fin a este escrito:

“El sentido de la vida no está simplemente en *el azar y la necesidad*, como con gran indignación para Aristóteles propusieron Leucipo y Demócrito; y como en nuestro tiempo ha repetido *ad nauseam* Jacques Monod, sin ninguna originalidad.

Más allá de las circunstancias absolutamente reconocibles en el evolucionismo y en la propia evolución de la ciencia, todo tiene un sentido profundo, cuyo misterio aún no hemos desentrañado.”

Y en esa dirección, José Antonio Jáuregui también fue un maestro, de lo más alentador para el recorrido de una senda en la cual a la humanidad aún le queda un gran trecho por recorrer. Precisamente para comprender en plenitud lo que ya algunos tenemos la suerte de intuir: *estamos aquí para algo*. Como se demuestra que José Antonio Jáuregui ya estuvo para algo, con un recuerdo imborrable para todos.

El lunes 4 de junio de 2007, en la sede madrileña de la Comisión Europea, lo recuerdo muy bien como una fiesta de amistad, se conmemoró la figura de José Antonio, con una sesión académica que presidió Tomás Jiménez, Director de la representación comunitaria en la capital de España. Los oradores fuimos, Marcelino Oreja, Catedrático Jean Monnet, el ya citado Ignacio Salafranca, Eurodiputado, y yo mismo.

El acto discurrió, en el más alto tono de respeto por el *conmemorado*, con asistencia muy nutrida que colmaba el espacioso auditorio europeísta madrileño del Paseo de la Castellana 46. Estando en primera fila Dorita, la viuda de José Antonio, y sus cuatro hijos. A ellos cinco vaya dedicado esta pieza para un libro que todos guardaremos como una presencia permanente de quien tan buen rastro dejó en todos.

M:/RT/Artículos/2008/Febrero/Artículo sobre JÁUREGUI para el Profesor MOLINA DEL POZO, C.F.